

ANTIOQUIA Y EL PADRE CARLOS E. MESA GOMEZ, C.M.F.

Por Alfonso García Isaza

No habrá mucho que calar y excavar en la persona y en la obra del padre Carlos E. Mesa Gómez, C.M.F., para encontrar como una de las más caudalosas fuentes de conformación moral, intelectual y biológica y de su obra, virtudes, calidades y valores que arraigan en el ethos antioqueño con vigor y lozanía. Su fina contextura religiosa, su tenaz laboriosidad en el ancho campo del apostolado sacerdotal -¿qué no fue apostolado en él?-, y conducción de almas comunes y de almas privilegiadas, su múltiple obra de polígrafo y habiógrafo, la bondadosa comunicación con su gente y con extraños no empece cierta reciedumbre que la adobaba de gentileza y castellanía y hasta la plenitud de su lenguaje y su poesía son ejemplares manifestaciones de su prosopia, de su tierra, de la tradición antioqueña. Estos antecedentes ancestrales, telúricos e históricos fueron tan fundamentales en él que bien pudo no haber sido sacerdote y religioso de regla del Señor y su fe habría sido sinceramente vívida, y el cúmulo de sus otros atributos sin las experiencias de su formación eclesiástica, de sus exigentes estudios, de su provechoso trajín con hombres y paisajes en alguna forma habrían brillado. Sólo que el sublime destino que tuvo su vida y las circunstancias de haber pertenecido a un instituto de recia formación humanística y vivido y actuado en diversas latitudes perfeccionaron aquel áureo yacimiento, dinamizándolo para altas empresas.

La realidad del cristianismo y su fe ha sido muy marcada en Antioquia como es bien sabido. Aquí la doctrina de Cristo se asentó con holgura y sin violencia de modo que desde la conquista dilatase entre nosotros

en forma casi espontánea más que la enseñanza del clero, muy escaso entonces, por obra de la gente hispana, colonizadores que hacían de sus hogares templo y escuela para difundir la fe a los suyos y a la indiada. Dónde las grandes misiones, dónde las órdenes religiosas que como en otras partes conquistaron la nueva tierra para el reino de Dios? Leyendo uno la historia eclesiástica de aquellas épocas iniciales se inclina a creer que la atención mayor del proceso misional se enderezaba más hacia El Chocó que a la misma Antioquia. Desde muy pronto la cohesión familiar que impusieron estas hondonadas y estos riscos sin mayor comunicación con el resto del mundo guardó celosamente la herencia española o sea su lengua, sus costumbres, sus leyes y, ante todo, su trascendencia religiosa. Nada tiene de extraño, pues, la profunda religiosidad de la familia Gómez de Castro que iniciaba su descendencia en la antigua Villa de San José de Marinilla -uno de los más fecundos solares nutricios de la nacionalidad y de Antioquia-, en la época colonizadora y esmaltada en su periplo histórico con cristianos ejemplares varios de ellos obispos, sacerdotes, innumerables religiosas y con cifras de heroísmo como Vicente Arbeláez Gómez pacientísimo en las persecuciones y maestro de prudencia en el manejo de la iglesia en una de las épocas más procelosas de la nacionalidad; como el del doctor en leyes y coronel de La República Cesáreo Gómez, bisabuelo materno de Gómez Mesa, que entre las batallas rezaba el viacrucis y en su hora suprema pidió permiso a su capellán para romper la espada gloriosa antes que entregarla a su adversario, horas antes de morir en una guerra que tuvo más de cruzada religiosa que de enfrentamiento político; como Jesús Aníbal, tío del padre Carlos quien, sin ordenarse de sacerdote "Entró al altar de Dios, de Dios que alegra/ su casta juventud con el martirio" y cuya vocación claretiana no hay porque dudarle-, impulsó las de Carlos y su hermano Manuel. Esta honda y experimentada vivencia religiosa de su gente hizo de Carlos Mesa Gómez no sólo un "dador de los dones divinos" como sacerdote sino que la experimentó tan intensamente que en todo lo que amó, contempló, trabajó y creó el impulso de esos actos y acciones lo fue la vibración religiosa, de fe constante y muy alta y explica el acorde místico que puede trasoírse en su poesía, en la paciente investigación histórica, la crónica de sus andanzas de hombre de Cristo y de María, en las disquisiciones de sus ensayos, en su copiosa labor de hagiógrafo.

Quizás el antioqueño en general no haya sido muy dado a la cultura clásica, a la lucubración filosófica, a la cotidiana exaltación poética, a la elevación lírica, al buceo histórico de gran calado, desde luego que con claras y muy significativas excepciones. Acontece que ha sido más pro-

penso a las realidades tangibles y sobre ellas ha trabajado su cultura si así puede denominarse su vigorosa acción de colonizador, minero, industrial, empresario. El medio físico hípido, no muy fértil, así se lo impuso con la circunstancia de que en los años iniciales de la conquista y la colonia, como ya se dijo, no hubo clerecía, fuente del humanismo fundamental en el nuevo mundo y los talentos que en esas disciplinas descollaron posteriormente y de estirpe antioqueña su magisterio e influencia intelectual se realizaron en otras villas y ciudades de la nación, tal el caso de José Félix de Restrepo cuya influencia política y libertadora fue indudable en Antioquia mas no fue ella el campo amplio y por mucho tiempo de sus enseñanzas académicas como lo fueron Popayán y Bogotá. Ni en los años de las luchas y divergencias ideológicas de los partidos estrenada la República, se dieron aquí inteligencias aptas para el análisis filosófico como las de José Eusebio Caro y Ezequiel Rojas en Bogotá. Apenas si libelistas de alto tono como el indio Uribe, Camilo Antonio Echeverri y acaso Nito Restrepo. Nuestros excepcionales laureles poéticos reverdecen apenas en la segunda mitad del siglo pasado. Así de lo demás. En esa zona de las disciplinas humanísticas tuvo especial predilección nuestro pueblo por el estudio y buen uso de la lengua materna. Más que por una entrega de generación en generación, como se hace de un símbolo, de una reliquia, de un recuerdo y hasta de la historia misma y la ciencia, la lengua es fuente viva, inexhausta de la que todos al nacer empezamos a abrevar como necesidad existencial, podríamos decir que es la biología del pensamiento que nos recrea el mundo en que vivimos para continuar alentándolo nosotros con la misma fuerza de la palabra. Realidad que en Antioquia tuvo mayor vigor porque sembrado aquí el castellano sufrió idéntico proceso de cohesión de nuestra santa fe en un país aislado por la naturaleza física. Así aparece una nómina de admirables cultivadores antioqueños del idioma, expertos y maestros suyos como Suárez, Tomas O. Eastman, Félix Restrepo Mejía, Saturnino Restrepo, Luis López de Mesa, Obdulio Palacio, Emiliano Isaza, Januario Henao, Carrasquilla, entre otros. Hay que recordar además que el Quijote en bellas ediciones dejaba de ser lujo y atuendo de las destartaladas bibliotecas de nuestros padres y abuelos, para convertirse en medular alimento espiritual y estético del paterfamilias quien a continuación de la dura faena pasaba y repasaba a la luz vespertina o de la vela de sebo dentro de las tinieblas de la noche, sus folios de canto dorado para recordar, vivir la larga, la azarosa aventura de aquel manchego inolvidable y por tanto inmortal que no ha dejado de caminar dentro de nosotros y para quien cada ser, la estrella o el león, el bosque o el castillo, Aldonsa o el yangües, la dueña dolorida o el caballero de la

Blanca Luna, los molinos de viento o el retablo del maese Pedro, suscitaban una idea, un pensamiento o una hazaña trascendental en una encarnación del espíritu humano que también redime.

El Quijote codificó en cláusulas de eternidad el mundo moral y ciudadano de un pueblo y una época. En él está la sabiduría de lo mejor de la vida hispánica como anida en los versos de la *Ilíada* el talante espiritual de la *Hélade* y en la *Divina Comedia* está el trasunto de la cultura cristiana de los siglos medios. La literatura en su más alta expresión impuso la cosmovisión de la vida sublimada con una influencia en la lengua y las costumbres que no lograron muchas veces normas, reglas, leyes o pragmáticas. La lengua es la vida.

De esta forma don Alonso Quijano "El Bueno" ha estado presente entre nosotros y convivió con la casa de Mesa Gómez donde con su abuelo anduvo siempre tras de sus pasos amorosamente.

Para una alma sensitiva como la de Carlos Mesa Gómez el esplendoroso paisaje de su tierra nativa, el suroeste antioqueño y más concretamente Pueblo Rico, Tarso, Jericó, destiló en ella jugos poéticos que venían espesándose en la sangre del abuelo materno. Suelo ubérrimo éste en ganado, café, caña, frutos, aguas y minas. Con serranías desafiantes, hendiduras abismales, tablonos de fértiles herbazales y horizontes ilímites de policromías febricitantes o mansos azules que incitaban al ensueño como la diáspora en su búsqueda y conquista. Paisajes que Mesa Gómez describe como si pintara finamente en su libro "Jesús Aníbal, testigo de sangre", y que lo amaestró para percibir los de la Sabana y España, y hacer de su poesía una maravillosa simbiosis de alma y naturaleza, corazón y tierra. Qué es su obra "Río y tarde van viajando..." si no iridiscente vitral por donde se filtra su más íntima, su más pura vivencia poética?

La vocación cultural que ha caracterizado a Jericó donde Mesa Gómez hizo sus primeras letras de seguro incidió en alguna forma en la mente y en el corazón de nuestro hombre. Fundada aquella ciudad a mediados del siglo XIX por gentes no propiamente iletradas sino inclinadas a las bellas letras hay que presumir que recibió el influjo de un cálido ambiente literario que se formó en Medellín en la última mitad del mismo siglo convirtiéndose a la Villa de La Candelaria en centro cultural de importancia como no lo había sido antes. Varias revistas y prensa en general estimulaban desde aquí las letras y las artes, como "La Miscelánea", "El oasis", "El

Album", "El Cóndor", "Antioquia Literaria". Ello pudo haber incidido notablemente en aquellas gentes jericóanas que estaban empeñadas en hacer de su parcela un pueblo de alta categoría cívica, moral, cultural y hasta industrial. Esfuerzo, decisión que no fueron en balde. Pronto, a principios de nuestra centuria, fue con brillo capital de departamento en la época de Reyes, lugar escogido por los padre claretianos para fundar allí un convento, alguna vez gentil palestra de juegos florales.

De lo cual resultó una respetable lista de aficionados a hacer versos, a escribir buena prosa y dentro de la cual descuellan nacional e internacionalmente nombres como los de Manuel Mejía Vallejo, Dolly Mejía, Juan B. Jaramillo Mesa B., etc.

Mesa Gómez supo ser heredero de la ambiciosa laboriosidad de los suyos, los Mesa, industriuosos, finqueros, comerciantes de pro, con algo de intelectuales, provenientes del centro de Antioquia y los Gómez, colonizadores, guerreros valientes, de honda religiosidad, patriarcas de nuestro Oriente, unos y otros ambiciosos de expandir el ámbito de su quehacer más como necesidad vital de sus hijos y mujeres que como empresa financiera de abundoso fruto, llegaron a las alturas de Jericó donde su ímpetu anidó a la par que el de los Santamaría, los Montoya, los Puerta, los Ospina, los Abad, los Prieto, los Ramírez... para hacer de aquella región un auténtico polo de desarrollo.

Otra nota muy propia del antioqueño ha sido su devoción por el hogar y su descendencia. Fue muy clara en Mesa Gómez cuyo desgarrón de la casa paterna en tierna edad para entregarse en cuerpo y alma a la vida religiosa atendiendo el llamado del Señor no fue óbice para mantener intacto, invulnerable su amor a los suyos. Supo cumplir con sus votos y su permanente acuartelamiento monástico sin faltar al cuarto mandamiento. Ni las exigencias de su vida de clérigo regular, ni las distancias, ni la larga ausencia menguaron en él el amor a sus padres y hermanos, diríase que paradójicamente le sirvieron de estímulo para acrecerlo, y que afloró no sólo en hechos sino en mucha parte de su obra particularmente en su aspecto poético, como puede comprobarse leyendo sus poemas "Regreso tardío", "Llanoverde", "Tu y Antioquia", "Tu vienes del recuerdo", sin olvidar, desde luego, las muchas páginas de la vida íntima familiar de su tío Jesús Aníbal que son también reflejo de la suya en la niñez, y que Mesa Gómez buriló en la biografía del mártir... Y la impronta hogareña la llevó marcada a través de sus días hasta el final, días que cubrieron tantos espa-

cios y circunstancias diferentes. El buen parecer y trato característica de los suyos, lo acompañó siempre sólo que la compostura eclesiástica y el oreo de España pudieron haberle suavizado una que otra arista y dado la medida que contuvo en buen molde su original talante. Antioquia fue también casta de señores y caballeros sin embargo de su energía raizal a veces manifestada desenfadada, abruptamente, casta que no solo se manifestó en la mayoría de su atento trato, por ejemplo, el del campesino del Oriente de Antioquia o el del servicio doméstico hace ya varias décadas.

Bien pudo Mesa Gómez desenvolverse socialmente en España como un antioqueño hidalgo y parecer entre nosotros como un hidalgo antioqueño. Con aquella hidalguía que más que de modales y lujos palaciegos era de corte generoso y espontáneo como fruto de la riqueza, de la nobleza de ánimo, con un fondo de fraternidad que sustentaba nuestra armonía social.

II

Si todas estas raíces sustentaron y alimentaron la fertilidad de su obra como sacerdote en faena apostólica excepcional en el manejo de la juventud y consejero y animador de múltiples comunidades religiosas femeninas; en la difusión de la verdad evangélica por medio de la revista "Vida religiosa" de Madrid, por diez años, sus libros de espiritualidad y ascética cristiana, de exaltación de las figuras de santos, preladados, hombres de religión, hombres y mujeres de Cristo, como hombre de letras auténtico en libros admirables como "Quijoterías y cervantismos", "De la España inolvidable", "Ensayos y semblanzas", "De mi lámpara tenue", "Río y tarde van viajando...", en estudios sobre la picaresca española y el epíteto en la poesía clásica, la intrahistoria, etc., traducciones y guías de maestros latinos, etc., si todo esto es en mucha parte efecto de su conformación antioqueña pensemos ahora en lo que hizo teniendo presente a Antioquia y su sangre, su fe y su cultura como objetos de su ocupación.

Podría decirse que en Antioquia en veinticinco años, ya sacerdote que en ella vivió, maduró tanto su personalidad como su quehacer y recogió lo mejor de su vendimia.

Admirable fue su actuación como director y animador de capítulos de beneméritas comunidades religiosas femeninas nacidas en Antioquia. La fundada por la reverenda Madre Laura de Santa Catalina y la fundada por la madre Upegui. Esta última, o sea, la de las Siervas del Santísimo y de la Ca-

ridad débele decisivas intervenciones en el desarrollo de su existencia y de sus propósitos. Mesa Gómez irradió desde aquí como operario del Señor a Centroamérica, Venezuela, el Valle del Cauca y la tierra santandereana. Más que a impulsos de una ambición cultural se explica por una inquietud apostólica suya la de crear una institución académica dedicada al estudio del influjo y defensa de la Iglesia Católica en el proceso civilizador, en la historia de nuestra nacionalidad. A poco de su regreso de su larga permanencia en España dedícase aquí a cristalizar ese anhelo más que justificado que con la eficaz colaboración del inolvidable monseñor Félix Henao Botero y el generoso mecenazgo de la Universidad Pontificia Bolivariana, logró realizarlo hace venticinco años. La Academia de Historia Eclesiástica fue sin duda alguna su grande obra. Con su inteligencia, su tenacidad, su diligencia, su celo y su afecto la afianzó y condujo a la muy visible posición que ella ocupa, no sólo por la excepcional valía moral e intelectual de la casi totalidad de sus miembros sino por el acopio de estudios muchos verdaderos hallazgos de investigación y acierto orientador publicados en revista que es ya honor de la inteligencia colombiana.

Como uno de los más notables hagiógrafos de América hay de su autoría varias biografías y semblanzas de almas camino de los altares cuya existencia terrenal empezó y se desenvolvió en Antioquia, estudios que pertenecen a lo mejor de la caudalosa pluma del ilustre claretiano. Por él las vidas de ejemplaridad cristiana de Laura Montoya una de las mujeres más significativas de la cristiandad después de Santa Teresa como alguien lo ha pensado, entrañablemente unida a Mesa Gómez por lo santa y como escritora, misionera y paisana. La madre Upegui, tía de la anterior, maestra de ascetismo y paciencia que en Medellín funda una comunidad reducida casi al exilio por un arzobispo implacable, institución hoy admirable y ejemplar, floreciente en gran parte gracias a la influencia de Mesa Gómez, de Isabelita Tejada vocación misionera que floreció espontánea y hermosamente lozana en la oración, en el sacrificio y en la entrega; de Jesús Aníbal, su tío materno, cuyo martirio en la España revolucionaria enaltece a la Iglesia y a la stirpe, por su pluma, repito, han sido ampliamente conocidas y servido seguramente al desarrollo del proceso canónico de la exaltación de sus virtudes.

Un recorrido histórico de la Iglesia en la Antioquia grande, fue obra de su predilección en la cual en forma novedosa discurre cordialmente sobre la ancha y profunda labor eclesial en nuestro medio desde la conquista hasta nuestros días.

Varios ensayos, discursos y conferencias suyos están destinados a la glorificación de máximas figuras de la región: Berrío "el grande", Francisco Antonio Zea, Abraham Moreno, López de Mesa, Obdulio Duque y Cesáreo Gómez, éste último su bisabuelo materno cuyo valor en la defensa de la fe y de sus ideas políticas alcanzó grados de heroísmo legendario, Francisco Cristóbal Toro, Juan Manuel González Arbeláez, Félix Restrepo Mejía, Roberto Jaramillo Arango, Alberto Moreno, entre otros, sin olvidar, desde luego, el libro dedicado a cuatro escritores antioqueños de la colonia.

"Soy poeta, me siento poeta", me lo dijo pocos meses antes de su muerte. Esa afirmación que le salía del hondón de su alma, con el ímpetu de fuerza existencial era la expresión de un ser hecho para el más alto canto que podía ofrecer como prueba la sonora, la armoniosa floresta de sus versos sembrados por buena mano los días jubilosos, en las horas amargas, en el instante de la exaltación mística, en la melancolía del recuerdo y la ausencia, herido por el amor o la belleza y donde su sangre, el humus de su terruño, abonaron la lozanía de versos como éstos:

*Me traes el arobo de los árboles llenos
de lianas y de aves insólitas y nidos,
y mi vida de niño toda acequias y pájaros
y arreboles de ocaso con ángelus ensombrecidos.*

*Toda Antioquia en tu canto, blanca de caseríos,
bajo un sol que reitera sus dorados añejos,
el cinturón del Cauca perdido entre maizales,
mi casa sin olvidos, tan cercana y tan lejos.*

*Tú y Antioquia una sola, montañera que vagas
por la colina verde de los guayabos de oro.
Cantas y Antioquia -Oh Madre- se me agolpa
y me embriaga suavemente con todo su inefable tesoro.*

Y así, en la poesía estaba también Mesa Gómez, vibrante como cuerda sonora del mejor oro de nuestras entrañas.

Considero como suficiente lo expuesto a pesar de no haber profundizado en las diversas facetas de tan rica personalidad -no era ese mi empeño y otros lo harán con mayor acierto y donosura-, para concluir que Mesa Gómez de verdad es una genuina cifra de lo mejor del talante antioqueño. El conjunto de virtudes y cualidades que forma ese tipo regional humano entre nosotros lo poseyó nuestro inolvidable compatriota aprovechando lo más sustantivo de ese haber, sin chauvinismos, pedantería o tonta estridencia sino magnificándolo hasta producir su obra en todos los campos de que ocupó con destellos inmarcesibles de ejemplaridad.